

EL
RUBIO
DE
PECOOS

Mi primer medio siglo vivido

FRANCISCO JAVIER
HERRERO

LIBROS CÚPULA

SIN UN PAN DEBAJO DEL BRAZO

No me resulta fácil decirnos cuál ha sido el mejor momento en mi vida. Pero sí puedo afirmar que el balance de mi niñez, adolescencia, juventud y madurez es como para sentirse uno de los seres humanos más afortunados del planeta. Y todo esto gracias a gente como vosotros, que tanto habéis tenido que ver en mi biografía a lo largo de este tiempo.

Es cierto que, de vez en cuando, la vida golpea fuerte, pero me habéis enseñado a plantarle cara para seguir construyendo mi devenir tal como quiero que sea. Como anunció un sabio: «Dios nunca te da una cruz que no puedas cargar». Además, los reveses que te da la vida te hacen crecer como ser humano y van curtiendo tu personalidad.

Pero empecemos por el principio. Nací un 7 de noviembre de 1960 en el seno de una familia humilde. Mi madre cosía prácticamente todo el día y, el tiempo que le quedaba, lo dedicaba a ser ama de casa. Me tuvo muy joven, con veintidós años. Mi padre trabajaba en la construcción, manejando una pluma de esas que levantan edificios, aunque su oficio no era ése: él era mecánico de compresores. Le sacaba a mi madre cinco años; por tanto, cuando nací, él tenía veintisiete.

Llegué de madrugada. Un lunes, sobre las dos menos cuarto de una fría noche de otoño. Ya desde el principio no pasé desapercibido y dejé constancia de que estaba aquí. Por lo que me han contado, vine al mundo con tres problemas graves. El primero fue nacer con muy poco peso (tan sólo dos kilos trescientos) y las defensas bajas. El segundo, me detectaron una hernia nada más sacarme del vientre materno. Debía de dolerme tanto que no paraba de llorar; tanto es así que, ya en el primer reconocimiento que me practicaron recién nacido, el médico decidió operarme. En la convalecencia todo se com-

plicó con una bronquitis. Ellos lo llamaron de otra manera, ya sabéis cómo se expresan los doctores, pero en definitiva fue eso, una bronquitis capilar. En un diccionario, he leído que es un catarro agudo que afecta a los bronquios y bronquiolos, y éste fue mi tercer problema, el más complicado, pues estaba apenas sin defensas.

Ahora, al escribirlo, me viene a la mente lo que me contó mi madre en alguna ocasión, al recordar cuando le preguntaron al médico si todo iba a salir bien. El doctor contestó: «De cien niños, se salva uno, y ése es el suyo. Enhorabuena». Suena fuerte, pero ésas fueron sus palabras. Imagino la cara que pondrían mis padres.

Nací en casa de mi abuela materna, adonde más adelante se trasladarían a vivir mis tíos, Enrique y Luisa. Ella es hermana de mi madre y aún hoy vive allí, en la calle Monteaya del Pueblo de Vallecas. Mi tío falleció hace ya algunos años. Era un hombre cabal, de esos en los que puedes confiar y hechos a sí mismos.

He visto muchas fotografías de la época y recuerdo una muy especial, una que, cuando me la enseñaron, me hizo mucha ilusión e incluso me sentí importante. En ella, voy de la mano de mi padre y estamos en El Rastro. Él no tenía puesto en el mercadillo, y ponía en el suelo una manta con su mercancía: juguetes.

¿Os imagináis: ser el hijo del dueño de esos juguetes y poder jugar con todos ellos?... Evidentemente, no era consciente de que la necesidad lo empujaba a buscarse unos ingresos extra. En la foto debo de tener un año más o menos, pero, cuando me la mostraron en una de esas reuniones de familia que a veces se celebran, ya tendría unos siete u ocho y recuerdo como si fuera ahora mismo todo lo que se me pasó por la cabeza. Quién me iba a decir que, con la mala fama que tienen ahora los manteros, mi padre era uno de ellos. Eso sí, los juguetes no eran piratas.

La verdad es que él no podía permitirse alquilar el terreno para un puesto, pero iba a El Rastro algunos domingos por la mañana con sus

artículos para poder sacar unas perrillas extra, que nos hacían mucha falta. Es evidente que a esa edad uno no tiene conciencia de todo lo que pasa a su alrededor, por eso, para recordar estos primeros años, debo guiarme por lo que voy averiguando a través de familiares y amigos.

Fui creciendo en uno de los barrios más castizos de Madrid, al lado de la Puerta de Toledo. Viví en la calle de la Ventosa, en el número veinticuatro, cerca de las iglesias de San Francisco el Grande y la Paloma, donde me bautizaron. De la calle apenas queda una parte. Allí vivíamos mis padres, mi abuela paterna y yo, claro. En una corrala de esas que todavía quedan en la capital, donde todos los vecinos eran como de la familia.

Tenía al vecindario encandilado. Vecina que me llamaba, vecina con la que me iba. Era muy simpático y gracioso, a la vez que muy guapo, qué va a decir mi madre... Es cierto que tenía, bueno, y tengo, los ojos de un azul intenso, y en esa época parecían más grandes; el pelo, medio rizado, fosco y rubio, y era muy, pero que muy, delgado, tanto que alguna de esas vecinas llegó a preguntarle a mi madre si me daba de comer.

Fue pasando el tiempo y a los quince meses nació mi hermano Pedro. Cuando yo tenía más o menos tres años, nos fuimos a vivir a unos nueve kilómetros del centro de Madrid, a una barriada que se llama San Cristóbal de los Ángeles. Se trataba de unos pisos en régimen de alquiler, que con el tiempo acababan siendo de los inquilinos, que ofrecía el gobierno de aquel entonces. La calle se llama aún Burjasot; nosotros ocupamos el piso quinto izquierda del número catorce. El edificio tiene seis plantas. Más de la mitad de los vecinos de aquella corrala de la que os hablaba, de la calle Ventosa, se fueron a vivir ahí. Era un barrio nuevo y la casa, bastante más grande.

Por esa época éramos cinco. Mi abuela paterna, mis padres, mi hermano Pedro y yo. Supongo que era tanta la ilusión de mi familia

al verse en una casa nueva que se sentían los más afortunados del universo. Atrás quedaba esa corrala sin baño dentro del piso; ahora teníamos uno para nosotros solos y encima la mayoría de vecinos y amigos también vivían por el barrio.

Empecé el colegio a los cinco años. No estaba muy cerca de casa o por lo menos así me lo parecía. Se llamaba Ramón Gómez de la Serna. El edificio constaba de tres o cuatro plantas y estaba rodeado por dos patios, donde jugábamos en el recreo. Dentro había largos pasillos y aulas a cada lado. En cada clase éramos veintitantos niños. Los pupitres eran de formica y el color creo recordar que era verde claro, igual que las sillas. Las mesas eran individuales y nos colocaban tres a un lado y otros tres, enfrente. Al fondo estaba la mesa del maestro, presidida por un Cristo en una cruz, una fotografía de Franco más arriba, la pizarra a un lado y el mapa de España al otro. No recuerdo mucho del día a día de ese año, pero sí se me ha quedado grabada la botellita de leche que nos daban al entrar en el aula. No me gustaba nada, pero me la bebía entera.

Al salir del colegio, todos los días dejaba el cuaderno y mi plumier de madera en casa y mi madre me daba pan con chocolate para mendar. ¡Qué rico estaba, por Dios! Me lo comía de prisa y me ponía a jugar, algunas veces con mi hermano, y otras solo o con amigos que vivían cerca de casa. Bajábamos un rato a la calle, con el balón de fútbol o bien disfrazados con un sombrero y unas cartucheras de vaqueros. Era 1965.

Un año después, todo iba a dar un vuelco en nuestra vida cotidiana. Mi padre, que por aquel entonces tenía treinta y tres años, trabajaba en una empresa que se llamaba Horminesa. Esa compañía era del padre de Carlos Sainz y entró a trabajar allí a través de mi tío Félix, que era unos años mayor y llevaba tiempo empleado en esa constructora. Mi tío cuenta que, un día, mi padre se cayó de algún sitio y se golpeó fuerte en el pecho, pero que aparentemente no fue grave,

aunque él cree que ese golpe fue lo que despertó la enfermedad que llevaba dentro. No sé si esto es cierto o no, pero es verdad que, a finales de 1966, comenzó a ponerse mal y a sentir muchos dolores. Empezaron a ir a médicos, para ver el porqué de esos dolores en el pecho y la causa de tanta tos. Hasta que en una de esas pruebas le detectaron cáncer de pulmón. En un principio, mi padre no fue consciente de que padecía esa enfermedad y fue mi madre, que por aquel entonces estaba de nuevo embarazada, quien se lo tragó todo. Supongo que se le caería el mundo encima.

Pero no se podía permitir el lujo de quedarse parada y que le pudiera el miedo a la hora de enfrentarse a esta nueva situación. Tenía veintisiete años, dos hijos de seis y cuatro años y otro que venía en camino, y debía cuidar también de mi abuela y, por supuesto, de mi padre. Se tenía que multiplicar. A diario acompañaba a mi padre a los médicos y, cuando llegaba a casa, seguía con su costura y nos atendía a todos.

Afortunadamente, algunas de mis tías y tíos vivían al lado de casa y contó con mucho apoyo. También lo tuvo por parte de las vecinas, que nos querían como si fuéramos de su familia. Me gustaría recordar a parte de esa familia y vecinos que tanto tuvieron que ver con nuestro día a día y con la educación que recibimos de todos ellos. Les estaré eternamente agradecido, porque lo hicieron de todo corazón y lo mejor que supieron. Las cuatro hermanas y el hermano de mi padre: mi tía Sole y su marido, el tío Paco, que vivían en Marcelo Usera y tuvieron once hijos; mi tía Visi, que no tuvo mucha suerte en el amor, o eso creo, porque no le he conocido marido alguno y no tuvo hijos; mi tía Antonia, casada con mi tío Perico, que aún vive en San Cristóbal de los Ángeles y ha tenido dos hijos; mi tía Tomasa, casada con mi tío Jesús, con quien tuvo tres hijos, y que también sigue viviendo en San Cristóbal, y, finalmente, mi tío Félix, casado con mi tía Emilia, quienes tuvieron dos hijos y vivían en Caraban-

chel. Por parte de mi madre estaba mi abuela Araceli, que fue todo un personaje, supermoderna y muy adelantada a su época. Se casó tres veces; era genial y cantaba como los ángeles. ¡Qué recuerdos me vienen a la cabeza y qué sonrisa acabo de esbozar al mencionarla! ¡Fue maravillosa! Y mi tía Luisa, que se casó con mi tío Enrique y tuvo dos hijas.

También me gustaría mencionar a vecinas como Tere y su marido Juan, que vivían en el mismo edificio que nosotros, ellos en el segundo izquierda; en la puerta de al lado, nuestra vecina Isabel y el señor Manolo, su marido. Tere y Juan tuvieron cuatro hijas, eran y son preciosas. Isabel y el señor Manolo tuvieron dos niños y una niña.

Corro el riesgo de que alguien se enfade conmigo por no haberlo nombrado, pero os aseguro que no es por mala fe, y no creáis que me los haya olvidado. Los tengo presente a todos, pues mi niñez ha sido maravillosa a su lado.

Los días iban pasando y mi padre no mejoraba nada, así que los médicos decidieron comenzar las sesiones de quimioterapia para ver si con eso reaccionaba y empezaba a restablecerse. No estoy muy puesto en este tema, y la verdad es que no deseo estarlo; por eso no quiero preguntar a mi madre, ni a nadie, si aquellas sesiones eran de quimio o de radioterapia, ni qué coño le metían en el cuerpo para intentar curarlo. Me guío por lo que recuerdo. Aún me duele hoy en día. Sólo sé que, cuando venían del hospital, lo traían malísimo. Todo esto se me ha quedado grabado.

Evidentemente, yo no sabía lo que era esa enfermedad y, cada vez que preguntaba a mi madre si podía verlo, ella me respondía que no, que papá estaba malo. Empecé a darme cuenta de que algo pasaba y que eso no era normal, así que mi madre decidió llevarme a casa de mi tía Luisa una temporada. Allí tenía a mis dos primas para pasármelo bien: Araceli, a quien desde siempre hemos llamado Mari Celi y que es un año mayor que yo, y Luisi, la más pequeña.

No entendía por qué no podía ver a mi padre. Aunque estuviera malo, otras veces lo había estado y siempre había permanecido a su lado. Los días iban transcurriendo y lo echaba de menos, no os creáis que se me olvidaba. En casa de mis tíos nunca me ha faltado nada, todo lo contrario; todos se desvivían por hacerme feliz, y sabe Dios que lo lograron. Mi tío Enrique, que trabajaba en Radio Televisión Española de electricista, casi siempre estaba viajando. Él se encargaba, junto con otros compañeros, de la iluminación de algunas de las películas y obras de teatro que RTVE rodaba por toda España. Se me hace raro llamarlo Enrique, en casa lo llamábamos Kiki. Tanto mi tía como mis primas, y yo mismo, estábamos deseando que él regresara a casa. Mi tía por sus asuntos y nosotros, porque cuando venía siempre nos traía regalos y luego nos contaba todas sus historias, con las cuales yo me quedaba embobado, escuchándolo. Lo he querido toda mi vida. Nos explicaba que había estado con tal o cual actor, con no sé qué director... y ahí empecé a descubrir el mundillo del arte. Hasta esos momentos no sabía ni que existiera. Así fueron pasando esos días. Jugando con mis primas y con amigos que teníamos allí.

No fue mucho el tiempo que estuve en casa de mis tíos, ya que tenía que ir al colegio. Creo recordar que, cuando regresé a casa, mi madre me dejó pasar a la habitación para ver a mi padre y darle un montón de besos y, por supuesto, contarle todo lo que había hecho en casa de mis tíos. Así pasaba cada día: cuando llegaba del colegio, iba a su cuarto, le daba un beso y, si ese día estaba un poco mejor, le explicaba todo lo que me había pasado en el cole; luego, a merendar y a jugar con mis amigos. Son sensaciones y sentimientos que aún tengo vivos en la memoria.

Empezaba 1967 y no recuerdo esas navidades, pero creo que no fueron las más divertidas de mi vida. En el mes de enero de ese año, mi madre ingresó en el hospital La Paz, para dar a luz. Fue el día treinta cuando vino al mundo mi hermano Miguel. A los dos días, les

dieron el alta y regresaron a casa. Fue una sensación agrídulce. Por un lado, era para sentir toda la felicidad del mundo y así fue, pero, por el otro, ingresaban definitivamente a mi padre en el hospital ese mismo día. Ya no aguantaba más y había que tomar una decisión: tenían que operarlo.

Mientras, mi hermano Pedro y yo seguíamos con nuestra rutina. Cada mañana, mi tía Tomasa nos levantaba, nos daba de desayunar y nos llevaba al colegio, donde permanecíamos hasta la una, cuando salíamos. Nos recogía y nos volvía a llevar a casa para comer. Ahí nos esperaba mi abuela paterna, quien nos hacía la comida, y a las dos y media otra vez al colegio, hasta las cinco.

Mi abuela paterna se llamaba Francisca, pero en casa la llamábamos abuela Paca. Recuerdo que siempre iba vestida de negro y no oía nada bien (os cuento esto porque ahora os hablaré de las trastadas que le hacíamos mi hermano y yo a costa de su sordera). La he querido y la querré toda la vida. Se desvivía por nosotros y me encantaba estar con ella. Una de las gamberradas que le hicimos fue en uno de esos días en que nos quedábamos solos con ella. Nos pusimos a jugar en la terraza de casa, como casi siempre al salir del colegio, y oímos una palabrota a alguien que pasaba por la calle. Miramos, pero no vimos a nadie y nos dimos cuenta de que, con la sordera de mi abuela, si nosotros decidíamos decir palabrotas, ella no se enteraría. Así que, dicho y hecho, empezamos a soltar barbaridades por esa boquita que nos había dado Dios... Hasta que por la calle pasó un vecino y nos oyó. Nos pegó tal bronca que no nos quedaron ganas de decir más tacos hasta que nos hiciéramos mayores. Nuestro temor era que se enterase mi madre y nos castigara. Nunca se enteró, hasta que mucho más tarde se lo contamos nosotros como la anécdota que había sido. Como veis, eran chiquilladas bastante inocentes, no teníamos picardía.

No recuerdo haber ido mucho al hospital para ver a mi padre,

quizá en alguna que otra ocasión. A mediados de 1967, por el mes de mayo más o menos, lo operaron. El médico habló con mi madre y le comunicó que el cáncer estaba muy avanzado y que, aunque le intervinieran, sólo iba a durar unos cuantos meses más. Pero ella quería agotar todas las opciones —mientras hay vida, hay esperanza— y no podía dejar pasar cualquier posibilidad de mejora.

El doctor que lo operó fue el marqués de Villaverde, que por aquel entonces trabajaba en el hospital La Paz. Hizo todo lo que estuvo en sus manos o eso quiero creer (lo digo porque no tenía muy buena fama como médico, pero no deseo entrar en habladurías); al fin y al cabo, mi padre era su paciente y, como profesional que era, pienso que lo hizo lo mejor que pudo.

Cuando pasó el postoperatorio y empezó a encontrarse un poco mejor, mi madre me ha contado que mi padre no paraba de hablar del futuro, de todo lo que iba hacer cuando saliera del hospital y de todo lo que tendría que trabajar para sacar la familia adelante. También le dijo que le llevara a mi hermano Miguel para conocerlo, pues apenas lo había visto. Pero no tardaría mucho tiempo en empeorar y sufrir unos dolores terribles. Tan fuertes debían de ser esos dolores que tuvieron que comenzar a ponerle morfina y ya no se la quitaron jamás. Pasó unos cuantos meses más en el hospital, hasta que vieron que ya no había solución y fue mi madre quien pidió al médico que le diera el alta para tenerlo en casa el tiempo que le quedara.

Falleció el 6 de noviembre de 1967 y lo enterramos al día siguiente, el día de mi séptimo cumpleaños. Mi madre se quedó viuda con veintiocho años y con tres hijos: Pedro, de cinco; Miguel, con nueve meses, y yo, que soy el mayor, con siete años.

No me acuerdo de haber ido al cementerio, pero sí recordaré toda la vida el día que hizo ese 7 de noviembre. Fue un día de mucho frío, pero muy, muy soleado. Salí a la terraza de casa y miré al cielo, quizá para pedir alguna explicación, o tal vez porque me ha-

bían explicado que mi padre estaba allí, no sé... el caso es que me quedé un buen rato embobado y sin articular palabra alguna.

La vida debía continuar y teníamos que empezar a reconstruirlo todo. Alguien me dijo que a partir de entonces yo debía ser el cabeza de familia y que tendría que ayudar a mi madre para salir adelante. Ya veis, con siete años... qué iba a hacer yo. Lo único que podía hacer era portarme lo mejor posible y no darle disgusto alguno, pero era apenas un niño y algún disgusto no se lo iba a ahorrar.

A los dieciséis días de la muerte de mi padre, mi madre empezó a trabajar en el hotel Plaza limpiando habitaciones, de tres de la tarde a doce de la noche. Supongo que le pagarían lo que estuviera estipulado como limpiadora, pero no debía de ser suficiente, porque por las mañanas tenía que seguir con su costura de siempre. Para los que no sabéis dónde estaba el hotel Plaza, os diré que se encontraba en la plaza de España, en uno de los edificios más emblemáticos de Madrid. El edificio continúa allí, pero hoy en día ya no es hotel.

Ahí estuvo trabajando tres meses, hasta que la empresa donde había trabajado mi padre la contrató. Os recuerdo que se llamaba Horminesa, era una constructora y sus oficinas estaban en la avenida de Portugal. Ella iba a trabajar ahí también de limpiadora, pero el horario sería otro, desde las cinco de la madrugada hasta las nueve de la mañana, que era cuando entraban los ejecutivos a esa oficina. Ese horario le permitiría estar prácticamente todo el día con su costura y, sobre todo, pasar mucho más tiempo con nosotros, no olvidéis que éramos unos chiquillos y que mi hermano Miguel era un recién nacido.

Mi madre cosía para una mujer que distribuía ropa a El Corte Inglés y que tenía en exclusiva los vestidos de una muñeca que se llama Nancy. La empresa se llamaba Peki.